

ORACIÓN

La solemnidad de Pentecostés señala el final del tiempo de Pascua, conmemora la venida del Espíritu Santo y celebra los inicios de la vida de la Iglesia.

Celebramos este día de Pentecostés todavía con las huellas de la larga y dolorosa prueba a la que han sido sometidos todos los pueblos del mundo, con la terrible pandemia de la Covid-19. Esta experiencia dura nos interpela para que en todo momento nos duela el sufrimiento humano que nos rodea, en todas sus formas, como auténtica expresión de la cruz de Cristo.

Pero Cristo ha resucitado, venciendo la cruz. El Espíritu Santo es el gran protagonista en todo el tiempo pascual que hemos vivido y en toda la vida de la Iglesia. Y es que el Espíritu Santo es fruto de la Pascua, estuvo en el nacimiento de la Iglesia y, además, siempre estará presente entre nosotros, inspirando nuestra vida, renovando nuestro interior e impulsándonos a ser testigos en medio de la realidad que nos corresponde vivir.

Comenzamos nuestra oración con la Secuencia de Pentecostés, pidiendo que la fuerza resucitadora del Espíritu nos llene de esperanza y seamos Iglesia en salida, que busca un renovado Pentecostés en estos momentos actuales.

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si Tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.

Amén.



ANUNCIAMOS A JESUCRISTO, MUERTO Y RESUCITADO

Del Evangelio según san Marcos (16, 1-7)

Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: «¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?». Al mirar, vieron que la piedra estaba corrida y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y quedaron aterradas. Él les dijo: «No tengáis miedo. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el sitio donde lo pusieron. Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro: "Él va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dijo"».

El primer anuncio es el anuncio principal que cada cristiano en particular y la comunidad eclesial en su conjunto debe volver a oír una y otra vez: "Ha resucitado". Como nos dice el Papa Francisco: "¡Él vive! Hay que volver a recordarlo con frecuencia, porque corremos el riesgo de tomar a Jesucristo sólo como un buen ejemplo del pasado, como un recuerdo." (Christus vivit 124)

En este anuncio se concentra lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario: Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte.

¿Cuál es mi experiencia de la resurrección de Jesús?

¿A quién y cómo tendría que anunciar a Jesucristo hoy día?

ENVÍA TU ESPÍRITU, SEÑOR, Y RENUEVA LA FAZ DE LA TIERRA.

FORMÁNDONOS SEGÚN JESUCRISTO

Del libro de los Hechos de los Apóstoles (2, 42-47)

Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando.

Sin un cultivo personal de la fe, no hay una fe madura. Necesitamos conocer nuestra fe y saber proponerla en nuestro entorno familiar, profesional, social, medios de comunicación...

Para anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, desde luego se necesita la experiencia personal del amor y la misericordia del Señor; se necesitan los dones del Espíritu; pero también necesitamos formación.

Pero una formación que no consiste sólo en una mera adquisición de conocimientos. En nuestra formación necesitamos silencio, porque si no hay silencio no hay profundidad; y necesitamos oración, porque sin oración la fe se apaga; así es como la formación orientará nuestra misión.

¿Cómo estoy llevando a cabo mi proceso de formación personal y comunitariamente?

¿Qué tendría que hacer para mejorar mi formación?

ENVÍA TU ESPÍRITU, SEÑOR, Y RENUEVA LA FAZ DE LA TIERRA.

TESTIMONIAMOS A JESUCRISTO

Del Evangelio según san Mateo (5, 13-16)

Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del candelero, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos.

En la vida de la Iglesia los laicos somos levadura, fermento y luz. Y este ser sal y luz se concreta en los diferentes ámbitos de la vida cotidiana.

El fruto del primer Pentecostés fue que muchas personas sintieron sus corazones traspasados por el gran anuncio de la salvación en Jesucristo y aceptaron su Palabra, convirtiéndose y recibiendo el bautismo en su nombre.

El Papa Francisco dijo al respecto: “Alguno, en Jerusalén, hubiese preferido que los discípulos de Jesús, bloqueados por el miedo, se quedaran encerrados en casa. El Señor resucitado, en cambio, los impulsa hacia el mundo. La Iglesia de Pentecostés es una Iglesia que no se resigna a ser inocua, demasiado «destilada». No, no se resigna a esto. No quiere ser un elemento decorativo. Es una Iglesia que no duda en salir afuera, al encuentro de la gente, para anunciar el mensaje que se le ha confiado, incluso si ese mensaje molesta o inquieta las conciencias, incluso si ese mensaje trae, tal vez, problemas; y también, a veces, nos conduce al martirio. Nosotros, los cristianos somos libres, y la Iglesia nos quiere libres.” (Regina Coeli 8 junio 2014)

Como fruto de este Pentecostés, reconozcamos la acción del Espíritu en su Iglesia, en los pastores y fieles que con su palabra y su vida son testimonio de un amor que supera y dinamiza, del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro, muerto y resucitado

Reconozcamos la acción del Espíritu en todos los creyentes que desde las parroquias, el apostolado secular y la Acción Católica dedican su tiempo a la construcción del reino de Dios en todos los lugares donde se desarrolla la vida.

¿De qué manera estoy siendo sal y luz?

¿Sé reconocer la acción del Espíritu hoy, en mi entorno, en las circunstancias sociales?

ENVÍA TU ESPÍRITU, SEÑOR, Y RENUEVA LA FAZ DE LA TIERRA.

ORACIÓN FINAL (Papa Francisco, homilía en Pentecostés, 9 de junio de 2019)

Espíritu Santo, armonía de Dios,
tú que transformas el miedo en confianza y la clausura en don,
ven a nosotros.

Danos la alegría de la resurrección,
la juventud perenne del corazón.

Espíritu Santo, armonía nuestra,
tú que nos haces un solo cuerpo,
infunde tu paz en la Iglesia y en el mundo.

Espíritu Santo, haznos artesanos de concordia,
sembradores de bien, apóstoles de esperanza.
Amén.



REFLEXIÓN:

Celebramos este día de Pentecostés, día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, todavía con las huellas de la larga y dolorosa prueba a la que han sido sometidos todos los pueblos del mundo, con la terrible pandemia de la Covid-19. Una prueba que ha puesto de manifiesto que la Pasión de nuestro Señor, este año, no ha estado en los templos ni en las procesiones, sino en la carne de nuestros pueblos; no una semana, sino muchas, con unas secuelas de largo recorrido. Unas semanas que han sido santificadas por la entrega, en muchos casos hasta la muerte, de sanitarios, fuerzas de seguridad, voluntarios. Esta experiencia dura nos interpela para que en todo momento nos duela el sufrimiento humano que nos rodea, en todas sus formas, como auténtica expresión de la cruz de Cristo.

La celebración de Pentecostés se sitúa también en continuidad con el Congreso de Laicos, en el que hemos sentido la llamada a vivir como Iglesia un renovado Pentecostés. Ahora se trata de dar continuidad a este anhelo de trabajar como Pueblo de Dios, valorando la vocación laical y lo que aporta a nuestra Iglesia en el momento actual. Se trata de redescubrir la importancia del sacramento del bautismo, como fuente de donde brotan los diversos carismas para la comunión y la misión. Llamados y enviados, por eso: discípulos misioneros.

Tras el camino recorrido en las fases precongresual y congresual, hemos identificado cuatro itinerarios (primer anuncio, acompañamiento, procesos formativos y presencia en la vida pública) que serán los hitos que habremos de desarrollar en los próximos años en la pastoral con el laicado y, concretamente, desde las Delegaciones de Apostolado Seglar, los Movimientos y Asociaciones.

Esto se irá haciendo realidad en la medida en que incorporemos en todas nuestras acciones un estilo de trabajo pastoral que venga marcado por dos ejes transversales: la sinodalidad y el discernimiento.

El postcongreso es un camino abierto y depende de todos nosotros: obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos, laicos y laicas. Todos nos necesitamos para ser esta Iglesia en salida. La pandemia de la Covid-19 nos ha servido para tomar conciencia de que no solo a nivel de Iglesia, sino también de sociedad, todos nos necesitamos, porque de la conducta de uno depende el destino de los otros.

Por eso es fundamental que vivamos la comunión, que todos nos sintamos llamados a la corresponsabilidad, a la misión compartida. En esta tarea ardua de fortalecimiento de la dimensión comunitaria de nuestra fe juega un papel fundamental, en el futuro, la Acción Católica, que debemos seguir impulsando y revitalizando con mayor ardor apostólico.

Este Congreso constituye el punto de partida de nuevos caminos, siempre bajo la guía del Espíritu Santo. Sabremos que estamos caminando hacia un renovado Pentecostés si como Iglesia, Pueblo de Dios en salida, viviendo en comunión, nos ponemos manos a la obra en la misión evangelizadora desde el primer anuncio, creando una cultura del acompañamiento, fomentando la formación de los fieles laicos y haciéndonos presentes en la vida pública para compartir nuestra esperanza y ofrecer nuestra fe.

Cada día somos más conscientes de estar llamados a ser minorías creativas, que sepan aprovechar las nuevas oportunidades y los nuevos espacios para anunciar a Jesucristo y el kerigma. Hemos aceptado la idea de que la fe se propone y nunca se impone, comprendiendo que nuestra labor consiste en anunciar, acompañar, ofrecer el Evangelio en un contexto de crisis moral y ética, luchando contra las injusticias, defendiendo la dignidad de la persona humana para hacer posible el Reino de Dios, y todo ello asumiendo la pluralidad de perspectivas, de culturas y puntos de vista que se dan en las personas de nuestro entorno.

Los nuevos tiempos traen nuevas preguntas y, por lo mismo, somos conscientes de que los cambios antropológicos y culturales que estamos viviendo se convierten para nosotros en retos, como pueden ser: el reconocimiento del protagonismo que están adquiriendo las mujeres en coherencia con su dignidad de bautizadas; el sabernos situados del lado de quienes sufren este sistema que oprime, descarta y mata, que abandona a muchas personas en las periferias existenciales; el cuidado de nuestro planeta como casa común y obra de Dios, que exige de nosotros seguir profundizando en el significado de la creación; la importancia de la cultura digital o la presencia activa de los jóvenes en la Iglesia. Todos estos, entre otros, suponen signos de ánimo y esperanza.

Para responder a estos retos, nos dice el Papa Francisco: Tú también necesitas concebir la totalidad de tu vida como una misión. Inténtalo, escuchando a Dios en la oración y reconociendo los signos que él te da. Pregúntale siempre al Espíritu qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia y en cada opción que debas tomar, para discernir el lugar que eso ocupa en tu propia misión. Y permítele que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy (GE 23).

A nivel personal, la fe se ha de hacer vida, pasando de la teoría a la experiencia, profundizando en las implicaciones que tiene para nuestra existencia y para la sociedad de la que formamos parte. El mensaje ha de ser coherente con nuestra vida y fiel reflejo del Evangelio.

A nivel colectivo, nuestras comunidades de referencia han de ser forjadoras de fraternidad, potenciadoras de los distintos carismas que inspira el Espíritu, espacio desde donde discernir juntos y lugares abiertos al cambio. Lejos de aislarse en sí mismas, han de mostrar la belleza de la Iglesia universal. En ellas, la participación de los laicos en la toma de decisiones debe ser real y efectiva. Desde ellas, la apertura a otras realidades eclesiales para trabajar unidos y desarrollar acciones pastorales conjuntamente y fomentar la presencia en las estructuras sociales son caminos que hemos de recorrer.

Nuestra vida, por tanto, es la misión y nuestra meta la santidad: vivir reflejando a Cristo en nuestra vida, desde la donación de amor que provoca en nosotros la experiencia del amor de Dios. Nuestra misión es nuestra vida, vivida para la comunión; ése es el sentido de nuestra vida.

Nuestra misión (nuestra vida) tiene que expresarse en la dimensión eclesial, en la dimensión social y política de la fe. En lo eclesial porque nadie se salva solo y porque es la Iglesia, Pueblo de Dios, la que evangeliza. En lo social y lo político porque el amor que configura nuestra humanidad genera unas relaciones sociales, interpersonales y, en consecuencia, políticas, nuevas; unas relaciones de fraternidad que no se agotan en el pequeño círculo de mi familia o mi comunidad parroquial, o mi movimiento, sino que queremos que sean la trama sobre la que construir todas nuestras relaciones sociales.

Escuchando la invitación de Jesús, «Id y haced discípulos de todos los pueblos», debemos de «salir hacia fuera», «ser Iglesia en salida, en permanente estado de misión», «presentes en las periferias», como nos recuerda el papa Francisco, siendo levadura o fermento en medio de la masa, porque es la vocación permanente que tenemos como Iglesia.

Pentecostés nos invita a ir sin miedo con el anuncio misionero, allí donde nos encontremos y con quien estemos, en el barrio, en el estudio, en la familia, en el deporte, en las salidas con los amigos, en el voluntariado o en el trabajo.

Que la fuerza resucitadora del Espíritu también acompañe a nuestro pueblo y sane los corazones desgarrados, que nos llene de esperanza y sigamos siendo Iglesia en salida, que busca un renovado Pentecostés en estos momentos actuales.